

Domingo XXVI del Tiempo Ordinario - Encuentro de Familias (25-09-22)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo
(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas, buenos días a todas las familias presentes.

Es una gran alegría que este mes, que lo hemos dedicado a las familias y a la juventud, estos dos días nos hayamos reunido ampliamente con los primeros discípulos y discípulas misioneros y misioneras que empiezan a anunciar el Evangelio acercándose a las personas como lo que llamamos una “pastoral”, pastoral de familias, pastoral de jóvenes. Y la Iglesia tiene que irse formando así, cultivando nuestro acompañamiento y nuestra reflexión sobre nuestras vidas, a partir de situaciones concretas en que cada uno vive, porque la Iglesia no solamente es la unidad de todos, es la unidad, también, de acuerdo a cómo estamos viviendo, a nuestros problemas y nuestras necesidades; y la Iglesia de Lima está ahora reformándose y hemos empezado a hacer las pastorales.

Ayer me decía una persona: “Yo tengo un plancito que puede ayudar para la pastoral de los viejitos”. Esa es una tarea también, como la pastoral de migrantes, como la pastoral de empresarios que algunos han pedido. Y, ¿por qué? Porque tenemos problemas humanos, pero los tenemos mezclados, y es bueno ir uno por uno. Evidentemente que una persona puede pertenecer a una pastoral y a la otra, pero siempre tiene una prioridad en su vida y, a partir de allí, pueda hacer mejor las cosas. Y, justamente, hoy día, estamos necesitados de hacer, entre todos nosotros, una convocación que sea por grupos para que, luego, nos reunamos todos como una sola Iglesia que se sabe comprender, apreciar, que sabe conversar,

sabe ayudarse y sabe ser misionera en las situaciones más difíciles. Y, ¡cómo no va a ser importante la familia! Es uno de los pilares de la vida de la sociedad.

Hoy día, justamente, en esta jornada y en todo este mes, se ha reflexionado sobre el tema: “Amor familiar, vocación y camino de santidad”, porque sabemos que, en muchos casos, entre nosotros existe ese amor familiar, inclusive, existe una vocación y un camino verdadero, pero no todas las familias lo desarrollan igual e, inclusive, en algunos casos, hay problemas en la familia, porque tenemos una situación familiar muy compleja. No es la familia donde todo estaba estable, sino que hay una serie de tensiones, hay separaciones, hay nuevas relaciones contraídas, hay situaciones complejas que vienen, por ejemplo, de haber tenido hijos de diversos orígenes, pero hay que construir igual familia.

Por eso, entonces, hay que acercarse a esas situaciones, y la Iglesia lo ha querido hacer, especialmente, con el trabajo que está desarrollando monseñor Guillermo y todo el equipo de la Comisión de Vida y Familia, así como las familias de diversos barrios de nuestra ciudad. Les estamos agradecidos porque necesitamos que ese amor se consolide, y dentro de las situaciones difíciles, como dice el Papa Francisco, las situaciones complejas se puedan resolver, por lo menos, en un mínimo, pero lo importante es que todos seamos acogidos y nadie sea despreciado, porque, también, todos tenemos posibilidad de fracasar en un proceso de amor, y necesitamos repararlo y ver cómo nos ayudamos en la vida.

La Iglesia está para comprender, no para juzgar; está para acompañar como el Señor acompañó a su pueblo. ¿Por qué el Señor se bautizó si no tenía pecado? Para acompañar, para ser cercano a nosotros y para acercarnos a Dios, incluso, estando en el pecado; y ahí, ir resucitando a su pueblo, que es lo que queremos nosotros y necesitamos

urgentemente. Han visto, ustedes, cómo es difícil la situación de nuestro país, y, hoy día, este texto que hemos escuchado del Evangelio de Lucas (16, 19-31), nos hace alguna enseñanza también para la familia.

La familia del “rico epulón” que le llamamos, pero no es su nombre, sino que significa el “rico gordazo” (epulón significa gordazo), había comido y bebido en cantidad, y solamente gozaba mientras Lázaro estaba despreciado y echado fuera y los perros le lamían las llagas. Este señor no sentía ninguna compasión porque, como dijo el Papa hoy día, solo pensaba en sí mismo y lo rechazaba.

Este señor que ve que ya no tiene salida porque ya se murió y está en esta imagen tan fuerte del infierno que se está quemando y se muere de sed (el infierno, por si acaso, el Evangelio de Juan lo dice de otra manera, “la muerte eterna”, le llama al infierno), estas imágenes nos hablan de un lugar en donde ya no hay salida. Esta situación, entonces, le hace pensar en su familia y dice: “Mándalo a Lázaro para que, resucitado, pueda decirle a mi familia que no haga lo que hemos estado haciendo todos”.

Esto quiere decir que no era solamente el “rico epulón”, sino era la “familia epulona”. Y, ¿cuántas familias epulonas hay hoy día en el mundo? Muchas. Pero poquísimas en relación con la mayoría que sufre. Ustedes no son familias epulonas ¿verdad? Por lo menos, de los barrios que venimos, son nuestros barrios en donde estamos luchándola para sobrevivir. Y, si bien no estamos como el pobre Lázaro, de esa manera, poco nos falta si es que la situación sigue tan grave como estamos viviendo y, además, hay otros que sí la están sufriendo terriblemente y peor.

Pensemos en todas las familias de todas las señoras que trabajan en las ollas comunes, pensemos en nuestros barrios más populares del Rímac, de El Agustino, en todos los barrios populares del sur y del norte, en la gente y las partes más altas de Lima, en donde la pobreza es

terrible, en donde, para sobrevivir, necesitamos “comernos las uñas”, especialmente, esos hermanos que sufren cada día más y no hay compasión ni de las personas que tienen mayor ingreso, ni de los gobernantes, ni de nosotros mismos como Iglesia.

Pero, también hay algo bonito: en estos años hemos aprendido a ser solidarios. Yo les quiero agradecer porque, de las familias de ustedes, ha brotado una solidaridad impresionante: y siempre lo digo porque, en medio de la Pandemia, tuvimos también la fuerza de todos ustedes que contribuyeron y compartieron lo que tenían.

Quiere decir que habrá un cielo y una eternidad donde está Lázaro, resucitado, pero a ese cielo podremos ir desde acá haciendo un cielo en la tierra. Cuanto más hagamos el cielo en la tierra, más podremos ir, en la eternidad, a la vida y a la resurrección del Reino de Dios.

Por eso, hermanos y hermanas, es importante que, aquellos principios de vida que suscitamos y vivimos en nuestras familias y queremos que nuestros hijos crezcan felices y que todos nosotros nos entendamos y nos ayudemos, los aprendamos a desarrollar en las familias católicas cristianas, no para ser un grupo exclusivo, sino como dice en el lema de este mes, “una vocación”. Una vocación significa hacer las cosas porque el Señor nos va inspirando, y esa vocación termina en un compromiso, en un camino de santidad que, a la vez, es un camino misionero. A veces pensamos que la santidad es fija, petrificada quieta; como a veces tenemos a los santos hechos con yeso o con acrílico y están ahí fijos, pensamos que la santidad es petrificarse. O como ese juego que jugábamos en el colegio: “¡Inmóvil, sin basta, sin nada!”.

La santidad no es eso, es la misión. Jesús se hizo santo entregándose a la gente, ayudando, caminando. Por eso, el Evangelio de Lucas subraya que Jesús caminaba, y camina

hacia Jerusalén donde, también, va a entregar su vida. Nada lo detiene, eso es ser santo.

Hoy día recordemos lo que el Papa dice en su exhortación apostólica *Amoris laetitia*, que la familia que tiene el don de haberse desarrollado bien, bonita, sabiendo que hay problemas, tiene mucho que compartir con la familia que tiene solo problemas y todavía no ha desarrollado bien.

Ustedes son familias misioneras, así como los jóvenes, que ayer estaban reunidos. Y les quiero agradecer, además, porque son sus hijos. La mayor parte de los jóvenes que vinieron a la Jornada Arquidiocesana de la Juventud (JAJ) eran chicos que, antes de la Pandemia, tenían 14, 15 o 16 años... ahora tienen 17, 18 o 19 años. Entonces, nunca habían ido a un evento grande en la Iglesia, o sea, todavía estaban en casa cuando hubo la Pandemia, se quedaron encerrados.

Les voy a poner un ejemplo. Después de cada canto de la misa de ayer, los chicos aplaudían. Y, ¿por qué aplaudían? Porque no han ido a misa en tres años. Y, entonces, en cada canto, los chicos aplaudían felices. Esta fue una nueva forma de hacer misa inspirada por el entusiasmo y la alegría de los jóvenes. Y luego, cuando se expresaron y contaron sus experiencias -porque antes del Evangelio los hicimos hablar para que ellos explicaran - se expresaban de una manera tan sencilla y tan libre que yo agradezco, en parte, que nos haya pasado esto, porque también, a veces, a los chicos les enseñamos unas normas para hablar, unas palabras y, a veces, son muy miedosos de decir las cosas. Como no han ido a la catequesis, ahora estaban “lero lero candelero” ... ¡felices!

Eso es muy importante porque ese es el camino que nos dice el Señor: acompañar en libertad, para que cada persona vaya encontrando su camino, con paciencia. Y eso es lo que, quizás, sucede aquí en el drama de este “señor epulón”, este

rico, piensa solo en sí mismo, no comparte, no habla, no acompaña, no tiene sentido del otro, no conversa, no acoge y, por lo tanto, se cierra.

Hermanos y hermanas, el Papa ha llamado la atención de que estamos en un mundo en donde el peligro más grande es que nos cerremos y empecemos a pelear los unos con los otros, sin mirarnos a la cara; y empecemos, a través de una ideología totalitaria (sea de derecha, sea de izquierda o sea de centro, pero siempre totalitaria), a olvidarnos de que el Otro existe y de que pensemos que el Otro no es persona y, entonces, no lo llamamos, nos sectarizamos, inmediatamente, acusamos. ¡Fascista!, ¡comunista!, ¡maldito! Pero el Otro es persona humana como yo.

Por eso, la democracia, dice la Iglesia, es como “un mal sistema”, pero es el menos malo de todos, porque permite conversar a pesar de que nos cansa un poco. Es verdad que estamos un poco cansados de una democracia un poco “light”, pero necesitamos que sigamos conversando y juntos resolviendo las cosas. La Iglesia no tiene democracia, pero tiene comunión, ¡comunión de comunidad! Y aquí queremos formar, también, una comunidad de familias a través de la pastoral familiar; y, así también, en nuestros hogares, aprender a tratar las cosas.

En esta Pandemia hemos vivido un tiempo muy intenso de vivir juntos, encerrados, pero tenemos que aprovechar ahora para contarnos nuestras heridas, nuestros dolores, las muertes que hemos vivido y recordar a nuestros muertos, recordar a las personas que nos han dado su vida y ayudarnos mutuamente. La mejor manera de resolver una tensión mundial que está llevando, inclusive, a la guerra y a cosas siniestras como la desaparición de la alimentación del mundo, la mejor manera de resolver eso es acordando ser mejores, discutiendo y decidiendo juntos cómo se hacen las cosas. Por eso, el Papa quiere que la Iglesia sea ejemplo

de eso y, por eso, ha lanzado la sinodalidad, o sea, el caminar juntos conversando y decidiendo juntos, evidentemente, con las autoridades de la Iglesia, pero con la opinión de todos, con la escucha de todos.

Que este camino familiar sea el que nos permita, también, escuchar a Moisés y los profetas que, hoy día, son la Iglesia; y que todos como Iglesia, anunciando el Evangelio, impidamos que la gente “se vaya al infierno”. Ayudemos a que todos, más bien, puedan no ser devotos de la “virgen del puño”, sino de la virgen de la “mano abierta” que es María. Esa es la verdadera virgen, aquella que comparte su vida con los demás porque compartió a su Hijo que es todo lo que tenía.

Que Dios los bendiga, hermanos y hermanas, y que nuestras familias sean fuente inagotable de la belleza del amor de Dios. ¡Gracias por haber venido esta mañana!